

LA ESPAÑA QUE CONOCIÓ NAVARRETE

Vicente PALACIO ATTARD
De la Real Academia de la Historia

En el archivo de la Real Academia de la Historia se conserva el memorial, fechado el 28 de agosto de 1800, que Martín Fernández de Navarrete, capitán de navío, elevó a dicha Academia solicitando se le nombrara miembro del referido Instituto, en calidad de «Académico Supernumerario». Fundaba su pretensión en serle necesario el apoyo corporativo para poder «coordinar y publicar» la colección de documentos históricos de la Marina Española que, en cumplimiento de la Orden del Rey, había venido reuniendo desde finales del año 1789 hasta el de 1794. Había reunido hasta entonces, en efecto, 44 volúmenes «de las más importantes relaciones de nuestros viajes y descubrimientos ultramarinos, de combates y expediciones de mar y otras no menos útiles para ilustrar la historia de la nación y de las colonias», por decirlo con sus propias palabras.

Alegaba también que por sus diversas ocupaciones no le era posible culminar su trabajo «por las circunstancias del tiempo, que no le han permitido dar a las ilustraciones y apuntes que tiene recogidos con aquel objeto, el orden y corrección que necesitan para salir a luz». Acompañaba su solicitud con una «memoria crítica» sobre la relación apócrifa de un antiguo navegante español (que lo era Lorenzo Ferrer Maldonado) acerca de la búsqueda del paso del noroeste.

La solicitud de Fernández de Navarrete fue informada preceptivamente por el Censor de la Academia, José de Guevara Vasconcelos, el 11 de septiembre, invocando los numerosos méritos, por lo que «no se le ofrece al Censor reparo en que la Academia acceda a su solicitud, sino que le parece que la Academia hará una buena adquisición admitiéndole en la clase de supernumerario». Otro preceptivo informe, efectuado como «revisor» por Francisco Martínez Marina, encomiaba también el trabajo crítico sobre la relación de Ferrer Maldonado.

Cumplidos los trámites y con tales avales, Fernández de Navarrete fue elegido miembro de la Academia de la Historia. Según la certificación del acta expedida por el Secretario de la Corporación, Antonio Capmany, de 28 de septiembre, se procedió a la votación secreta en la Junta ordinaria anterior, con el resultado expuesto. Tenía entonces nuestro personaje 35 años de edad.

El 10 de octubre siguiente leyó Don Martín su discurso de in-

greso sobre los «progresos que ha tenido en España el Arte de Navegar», que había recibido la previa aprobación preceptiva de otro Ilustre Historiador, Juan Pérez Villamil. Así quedaban consagradas sus dos grandes vocaciones: la de marino y la de historiador. El discurso de ingreso como académico numerario lo leyó el 19 de mayo de 1815. En la Real Academia de la Historia, como es sabido, llegó a desempeñar la Dirección de la misma desde el 25 de noviembre de 1825 hasta su fallecimiento, casi por 20 años.

LA ESPAÑA DE LOS ILUSTRADOS

La vida de nuestro Marino Historiador discurre a lo largo de más de tres cuartos de siglo y la España que él dejaba al morir en casi nada se parecía a la que le había visto nacer. Es el tiempo en que la España del Antiguo Régimen se extingue en un lento proceso histórico, mientras el titubeante advenimiento de la Monarquía Liberal se consolida por fin. Los cuatro reinados que llegó a conocer marcan las etapas de esa imagen cambiante de España.

Cuando Fernández de Navarrete nace estaba en todo su apogeo la España de Carlos III, es decir, la de las reformas ilustradas. Carlos III fue siempre muy celoso de su poder como monarca absolutista, sin hacer dejación de su autoridad que, por otra parte, entonces nadie discutía. Incluso quienes participaban de ideas roussonianas, consideraban que sólo desde la propia Monarquía absolutista podía surgir el instrumento del cambio.

Ese es el caso de León del Arroyal, autor de unas conocidas y comentadas «Cartas al Conde de Lerena» en las que explicaba el apoyo a la monarquía reformadora del absolutismo ilustrado: «Yo bien sé que el poder omnímodo de la monarquía se expone a los males más terribles, pero también reconozco que los males envejecidos de la nuestra sólo pueden ser curados por el poder omnímodo». El mérito de Carlos III que no le han solido regatear los historiadores, está en haberse rodeado de ministros por lo general competentes, en quienes depositó su confianza y a quienes dejó hacer, sosteniéndolos contra las facciones cortesanas opuestas a las reformas. Los historiadores no han solido percatarse de esos dos mundos diferentes y mal avenidos que rodeaban a aquel Rey, que no cayó en la trampa de sus intrigas. Pero algunos diplomáticos acreditados en Madrid, lo percibieron muy bien. Un agudo italiano al servicio de Austria, Piero Paolo Giusti, en un informe remitido al canciller Kaunitz en 1780 se expresaba así «las tinieblas y las luces son alternativamente los principios que rigen en la Corte y en el Ministerio», pero el Rey siempre sostiene al Gobierno consiguiendo que sus criterios ilustrados no fueran derrotados por las tinieblas cortesanas.

Aunque la figura política de Carlos III no sea brillante, esa fue una lección de buen sentido mantenida durante muchos años con ca-

llada modestia. Tampoco la personalidad humana de aquel monarca resulta deslumbradora. No tenía dotes extraordinarias para el trato humano, aunque fue bondadoso y afable, pero siempre distante, como nos lo describe su primer biógrafo y gentil hombre de cámara, Gaspar Fernández de los Ríos, Conde de Fernán Núñez. No quiso atribuirse aureolas de héroe militar, aunque de joven demostró valor cuando hubo de tomar parte en acciones bélicas. Dicen que siendo un muchacho de 17 años, cuando alguien le preguntó con qué epíteto le gustaría pasar a la historia, declaró: «con el de sabio». No es tampoco con este nombre con el que le distingue la Historia, que le reconoce en cambio los atributos de la «Aurea mediócritas» en la que él prefirió instalarse. Así este hombre metódico y rutinario hasta la exageración en su vida diaria y en la distribución de su tiempo a lo largo del año, lo mismo que en sus comidas monótonas o en el uso de los mismos vestidos, nos ofrece la paradoja de haber sido el motor y el eje de la Monarquía Reformadora, y se ha ganado con todo merecimiento el título de «Rey de los Ilustrados». Su reinado es la mejor comprobación de que para ser un buen monarca no hay que poseer virtudes extraordinarias, sino la voluntad firme de que las cosas se hagan bien y el sentido de la responsabilidad al servicio de la Corona como institución vinculada al pueblo.

La infancia y la primera juventud de Fernández de Navarrete discurrió en aquella España que trataba de potenciar los recursos económicos, dando prioridad al sector agrario en las directrices de Campomanes y de Floridablanca, y también a los intercambios comerciales en las provincias del Imperio o desarrollando el tráfico marítimo en el Atlántico Europeo y en el Mediterráneo. Una España que con suerte varia, trataba de ponerse a cubierto de agresiones exteriores, restableciendo un equilibrio en las fuerzas marítimas, que sería destruido, en el siguiente reinado, en la Batalla de Trafalgar. Una España que ponía su confianza en la educación como la vía más segura para abrir paso a una mentalidad moderna, tanto en los niveles elementales, con la creación de escuelas de primeras letras y artes útiles, como en el alto nivel universitario, con la reforma de los colegios mayores, que resultó menos afortunada de lo que previeron sus principales promotores, el ministro Roda, el obispo Beltrán y el erudito Pérez Bayer. «Dadme la escuela y una generación y habré cambiado al país» decían al unísono Campomanes, Jovellanos y Cabarrús, con el optimismo educativo que caracterizó en Europa a los hombres del siglo XVIII. Una España que lograba una relativa movilización social en el empeño de modernizarse, de lo que dan testimonio algunas de las Sociedades de Amigos del País entonces creadas.

En el «Elogio de Carlos III» que Jovellanos pronunció en la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, pocas semanas antes del fallecimiento del monarca, después de enumerar los beneficios de su reinado, continuaba aseverando que no se ocultaba a la sabiduría del Rey «que las leyes más bien meditadas no bastan de

ordinario para traer la prosperidad... Carlos previó que nada podía hacer en favor de su nación si antes no le infundía aquel espíritu de quien enteramente pende su perfección». ¿Qué espíritu era ése? Jovellanos lo sintetiza con estas palabras: «Ciencias útiles, principios económicos, espíritu general de ilustración». Es decir, tres capítulos que se encierran en uno: La Reforma del Ordenamiento Cultural y de las mentalidades como presupuesto indispensable para hacer efectivos los resultados de una nueva actividad económica que proporcionase a España la abundancia de bienes y con ella el bienestar.

En la España de Carlos III existió el propósito, peculiar de todos los ilustrados europeos, de proyectar el estudio de las ciencias sociales principalmente sobre la economía y sobre la historia. El joven ilustrado que era Fernández de Navarrete vivió aquel ambiente y sintió desde edad muy temprana el interés por la historia, además de los estudios científicos. La historia no debía reducirse a curiosidades eruditas ni apologías retóricas, sino que abarcaba la comprensión del quehacer colectivo de la comunidad de gentes y tierras de España, como ocurría con las empresas marítimas de los españoles.

Sin embargo, en aquel tiempo el esfuerzo ilustrado se centró en promover la recuperación económica, incidiendo sobre los instrumentos productivos y las mentalidades, porque en España existía un incipiente espíritu empresarial, ahogado por los prepuestos mentales de un estilo de vida aristocrático. Fernández de Navarrete no era ajeno a este ambiente. Muy pronto perteneció como miembro de número a la Real Sociedad Económica Matritense, y su discurso de ingreso leído el 29 de enero de 1791, versó «sobre los progresos que puede adquirir la Economía política con la aplicación de las ciencias exactas y naturales», tema que sintonizaba muy bien con el espíritu de aquella época.

Al considerar en su conjunto la España carlotercista y el reformismo entonces llevado a cabo, los historiadores proponen opiniones dispares, y ponen unos el acento en los aciertos y otros en los fracasos. En mi opinión no es correcto plantearse en términos de éxito o fracaso el reformismo carlotercista, en especial en lo que se refiere al tema económico. Hablar de fracaso o de éxito exigiría poder determinar, siquiera por aproximación fundada, el desarrollo potencial susceptible de alcanzar aquella economía, y compararlo con el que alcanzó en la realidad. Y este conocimiento resulta imposible.

En cambio, lo que sí podemos afirmar sin riesgo de equivocarnos es que al final de aquel reinado parecían existir expectativas favorables para proseguir las reformas necesarias. Y sin embargo, aquel horizonte de paz exterior y de discusión ordenada interior se turbó muy pronto, de modo inesperado, al sobrevenir la gran tormenta que, en 1789 desencadenó la Revolución Francesa, coincidiendo casi con exactitud cronológica con el advenimiento del nuevo reinado de Carlos IV en España.

DE LA REFORMA A LA REVOLUCIÓN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL

Las turbulencias de aquellos años, la desaparición de los hombres de Gobierno del tiempo de Carlos III, la dejación de poder del nuevo monarca en favor de Godoy, el mal ejemplo de la Corte, los nuevos conflictos bélicos, alternativamente contra la Convención Francesa, contra Inglaterra o Portugal, ofrecen una imagen muy distinta de España en comparación con el reinado anterior. Todavía en algunos momentos parecen prolongarse los destellos epigonales del Despotismo Ilustrado, como en los planes educativos de Godoy, o en los intentos de imponer un estilo y un modelo al teatro, en un ejemplo supino de los disparates a que puede llegar la pretensión de una cultura dirigida gubernativamente.

En otros momentos resurgen, con el temor a la Revolución, los planteamientos inmovilistas, mientras en la Universidad de Salamanca, abierta al contacto con el mundo intelectual europeo, se preparaba la generación de los «doceañistas» futuros, que harían más tarde la Constitución de Cádiz.

Nadie escapaba en España a la tensión de los nuevos tiempos, hasta que se produce el gran estallido de la Guerra de la Independencia. La invasión napoleónica abre en la historia de España una nueva y decisiva etapa. En 1808 se derrumba el andamiaje del Antiguo Régimen, y para llenar el vacío de poder ocasionado se ofrecen dos alternativas: la propuesta por Napoleón, que se autoproclama el reformador que España necesita, en el manifiesto de Bayona, al que sigue la designación de José I y la constitución decretada en aquella ciudad; y la que propugnan la «nación en armas» y los doceañistas de Cádiz.

Napoleón, escéptico religioso, no podía considerarse ejecutor de una misión providencial. Pero incurrió en el error, secularizado en los tiempos modernos, de quienes (ya sean hombres, grupos o ideologías) están convencidos de poseer el sentido y la dirección de la historia. Por eso, convencido de su destino, seguro de sí mismo, dueño del futuro, Napoleón hizo un llamamiento para que los españoles se unieran a él. La respuesta popular fue la guerra, que se convirtió así en el gran catalizador del patriotismo español, en un gran fundente nacional de las tierras y de los hombres de España. Hubo también algunos españoles de la minoría ilustrada que vacilaron o fueron «afrancesados». Fernández de Navarrete rechazó los cargos que le ofreció el Rey intruso y halló refugio en los Estudios de San Isidro, hasta que marchó a Cádiz en 1812.

Durante los años que siguieron a la invasión napoleónica, la guerra fue, como cantaron los versos de Quintana «nombre tremendo, ahora sublime único asilo y sacrosanto escudo». Guerra terrible, cuyos «desastres inmortalizó Goya con sus grabados, por la crueldad de la lucha implacable y por las calamidades añadidas, como «el hambre de

1812», de la que también Goya quiso dejarnos un testimonio gráfico en otros 17 aguafuertes, además del que consagró el cuadro académico de Aparicio, premiado por la Real Academia de San Fernando. Pero guerra sublime, en la que el pueblo español luchaba por la supervivencia y daba ejemplo a una Europa hasta entonces atemorizada y temida.

Pero las alteraciones en la vida social española, durante los años finales del siglo XVIII y durante los primeros del siglo XIX y muy principalmente durante la Guerra de la Independencia, tuvieron un impacto en la mentalidad colectiva, que se reflejó en el abandono de muchos valores aristocráticos antiguos, y en la aceptación de otros más propios de las clases medias que irrumpían en la sociedad. Este fenómeno, que naturalmente fue captado por los costumbristas de la época, se refleja incluso en los documentos administrativos. En un informe del Capitán General de Cataluña en 1814, que lo era Javier Castaños, el vencedor de Bailén, en un expediente sobre la pretendida matriculación obligatoria de los comerciantes de Barcelona en la Junta de Comercio de aquella ciudad, se puede leer lo siguiente: «el uso de la espada, que en el año 1763 (en que se fundó la Junta del Comercio) era peculiar de los nobles y de los graduados en Facultad Mayor, y que se concedió a los matriculados; el tratamiento de «Don» que se daba en los cargos y demás anejos a la matrícula y aún cierta consideración (social) que adquirían en el público, era un sistema lo bastante poderoso para que todo comerciante acreditado aspirase a la matrícula. Pero en el espacio de medio siglo han variado enteramente las opiniones y la idea: ya no se hace uso de la espada, se prodiga el tratamiento de «Don», de que algunas clases de nobleza no gozaba, y parece que se hace alarde de despreciar lo que antes no era apreciado».

LOS VAIVENES DEL ABSOLUTISMO Y DEL LIBERALISMO

Después de la Guerra de la Independencia, Martín Fernández de Navarrete, ya en su edad madura, hubo de vivir el largo período todavía del reinado de Fernando VII, con los vaivenes del constitucionalismo al neoabsolutismo, y en Europa los de la Santa Alianza y las Revoluciones Liberales, mientras en América Continental se arriaban las banderas españolas del antiguo Imperio, y en la España peninsular estallaban con violencia los conflictos políticos internos, al iniciarse la época de los pronunciamientos y el primer conato de Guerra Civil, sostenida por la Regencia de Urgell contra los gobiernos del Trienio constitucional. Es verdad que, en medio de las alteraciones del tiempo, la vida académica seguía su curso, y en ella encontró Fernández de Navarrete la satisfacción de ser elegido director de la Real Academia de la Historia, cargo para el que sería reelegido en los sucesivos períodos trienales reglamentarios, hasta que en el desempeño de ese

cargo le halló la muerte, cuando se iniciaba el reinado personal de Isabel II.

El régimen liberal había de consolidarse durante la menor edad de Isabel II, pero a costa de la guerra civil carlista, que tan honda huella dejó en nuestro siglo XIX. Fernández de Navarrete vivió aquel período y aún tuvo participación en el proceso político iniciado con la aprobación del Estatuto Real, como miembro que fue en 1834 del Estamento de Próceres, aquella romántica invención con la que Martínez de la Rosa quiso disfrazar unas Cortes bicamerales, como punto de equilibrio entre el radicalismo de quienes ya empezaban a llamarse a sí mismos progresistas y el moderantismo de los liberales que pretendían tender la mano a todos los realistas fieles a la Reina.

Al final de la guerra carlista, como es bien sabido, Espartero capitalizó su victoria y la adhesión de ciertos sectores progresistas y militares, que se consideraban ellos mismos «el pueblo militar», y consiguió así elevarse hasta la alta magistratura de la Regencia, suplantando a la Reina madre. Pero otro pronunciamiento puso fin a su gobierno y dio paso, en mayo de 1844, al primer Gobierno Narváez, con el que se inicia la década moderada, durante la cual España, tras el largo y agitado período precedente, llevó a cabo la necesaria creación de las nuevas estructuras institucionales y administrativas de la Monarquía Constitucional, que habían de formar el marco político de una nueva España.

Era la España de las clases medias, que emergía con tímido empuje. Fernández de Navarrete no llegó a conocer el análisis sociológico de la guerra carlista que hiciera Jaime Balmes pocos meses después del fallecimiento de nuestro marino historiador. Balmes acertó a explicar que el sentido profundo de lo que había luchado en aquella guerra había sido la sociedad antigua, con sus tradiciones, sus creencias, su anquilosado aparato institucional, por un lado; y por otro, la sociedad nueva, con el gusto por las innovaciones, con sus tendencias secularizadoras y la prioridad de los intereses materiales.

Pero sí pudo escuchar, en las lecciones del Ateneo pronunciadas por Alcalá Galiano, la apología triunfal de la nueva sociedad y de las clases medias, que eran motivo de exaltación de los doctrinarios liberales: «en un siglo mercantil y literario como el presente - decía el tribuno doctrinario - es preciso que las clases medias dominen, porque en ellas reside la fuerza material y no corta parte de la moral; y donde reside la fuerza está con ella el poder social, y allí debe estar el poder político». Ahora bien, las débiles clases medias españolas, fácilmente enriquecidas por las especulaciones de la desamortización, y que se creían ricas (aunque el Marqués de Salamanca dijera despectivamente aquello de que en España había una docena de ricos, unos centenares que tenían para un median pasar y diez millones de pobres que no tenían donde caerse muertos), las débiles clases medias tuvieron que apoyarse en las espadas para asegurar ese poder político apetecido. Tampoco tenían capacidad ni recursos financieros para que

España pudiera seguir el ritmo de la llamada Revolución Industrial, que por entonces triunfaba en los países más avanzados de nuestra vecindad geográfica y cultural. Escasez de capitales, escasez de materias primas, escasez de iniciativa empresarial y una cierta desidia popular por el trabajo, se conjuntaron para que la España liberal naciente, que se asomaba al horizonte de la era del ferrocarril, apareciera alicorta e incapaz de levantar el vuelo.

Todo había cambiado durante los años en que le tocó vivir a Martín Fernández de Navarrete. La estructura política de la Monarquía, los componentes de la sociedad, la apertura a las nuevas actividades de la vida económica, los hábitos y las costumbres, sobre todo en los medios urbanos, cambios de los que Larra había dado un cáustico testimonio. Al final de su vida Fernández de Navarrete pudo conocer una España en la que los gustos literarios proclamaban el triunfo del romanticismo, y se perdía en la lejanía del recuerdo el clasicismo predominante en los años de su juventud. Precisamente en 1844, el año de la muerte de D. Martín, se estrenaba el «Don Juan Tenorio» de Zorrilla, la obra que si no la más excelsa de la literatura de su tiempo, es la que durante siglo y medio ha dado testimonio en los escenarios españoles de las pulsiones emocionales de su época.

La no corta vida de Fernández de Navarrete le permitió conocer la aceleración del tiempo histórico de una España que dejaba atrás el protagonismo del hombre pausado de la razón, para abrir un camino en libertad al hombre nuevo del sentimiento y de la pasión. Instalado en la *Torre de Marfil* de su doble vocación académica, Fernández de Navarrete fue testigo de las convulsiones de España entre el ayer y el mañana.

El 15 de diciembre de 1843 leyó Fernández de Navarrete el discurso en que, como en anteriores ocasiones análogas, rendía cuentas como director de las actividades académicas durante el trienio anterior, antes de procederse a la reelección del cargo. Aquella había de ser una de sus últimas intervenciones académicas y lamentaba el retraso de los trabajos corporativos «que -decía- por su naturaleza necesitan de tiempos sosegados y tranquilos para sus cultivos, y de su estímulo y protección de los Gobiernos para su progreso y prosperidad: circunstancias que no se hallan entre las repetidas y tumultuosas revoluciones» de los últimos tiempos.

Un gran historiador llamó a Fernández de Navarrete «el último enciclopedista» por su vario y extenso saber. En verdad fue el último ilustrado del siglo XVIII que sobrevivió en las aguas tormentosas de la primera mitad del siglo XIX.